



----- ¡Ven Jesús pastor! -----

Basta abrir las ventanas de nuestro pequeño mundo para ver a tantos que vagan como ovejas sin pastor, perdidos en un mundo que no parece hecho para ellos, moviéndose en los márgenes para no ser 'castigados' por molestar a las ovejas gordas y cuidadas del rebaño principal... Gente sin hogar, inmigrantes sin papeles, parados de larga

duración sin apenas subsidios ya, enfermos mentales...

El mundo necesita un pastor de todos, un pastor que sepa recoger a las ovejas débiles y que enseñe a las ricas a dejar espacio para todos cuando se ponen morugas. Unos y otros lo necesitamos. Quizá incluso necesitemos sentir un golpe de su cayado que nos despierte para recogernos en ese rebaño común al que no queremos abrir nuestro pequeño redil. Pide que llegue ya ese pastor y que vaya conduciéndonos a los unos hacia los otros y a todos hacia las verdes praderas de su Reino. ¡VEN, JESUS PASTOR!

Meditación: el santo nombre de Jesús

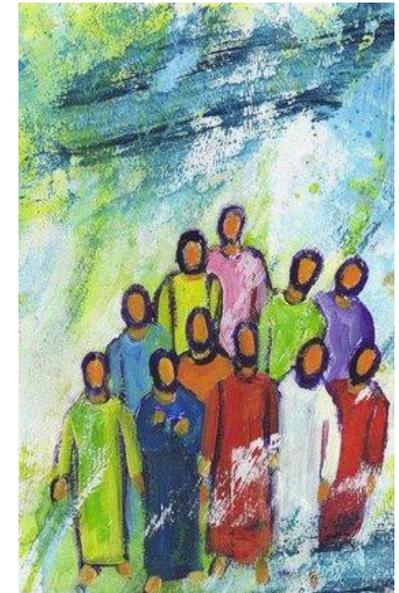
Una forma sencilla de oración es hacer del nombre de Jesús un momento de encuentro.

Pronunciar su nombre es llamarlo, desear su presencia, abrirse a su palabra, apoyar en él nuestra fragilidad, entregarle nuestra vida. Basta su simple sonido para que se haga presente a nuestra fe y nos envuelva con su bendición. *Llamarlo... Llamarlo...*

Pronunciar su nombre es confiar que aquel a quien llamamos así será el que salve el mundo (Mt 1, 21; Fil 2, 9-11). *Confiar... Confiar...*



Esperar a Jesús en sus nombres



¿Qué es lo que esperamos cuando durante el Adviento pronunciamos tantas veces la expresión ¡VEN, SEÑOR JESÚS!

La fe cristiana ha reconocido en Jesús al Salvador dado por Dios y por eso los cristianos esperamos que su victoria sobre los poderes de la injusticia y la violencia, la división y el resentimiento, el mal y la muerte... pase a ser nuestra propia victoria. Sin embargo, no es extraño que esta expresión no consiga anudarse a nuestra vida concreta y quede presa de la formalidad de lo que toca decir sin afectar a nuestro corazón ni a nuestra existencia.

Te ofrecemos unas posibles extensiones de la fórmula, a través de algunos nombres que ha recibido Jesús de los cristianos, para que intentes concretarla en la vida cotidiana del mundo y en la tuya propia.

Propuesta

Cada semana del Adviento dedica alguno de los días a meditar ante el Señor uno de los nombres que te ofrecemos para que te dirijas a él con la expresión ¡VEN, JESÚS!



----- ¡Ven Jesús amigo! -----

Tantos hombre y mujeres se encuentran o se sienten solos, tantos no consiguen encontrar alguien que les entienda, que comprenda los movimientos de su alma y de su corazón que a veces ni ellos comprenden, que tienen alguien que les considere dignos de recibir las confidencias de su corazón...

Tantos son considerados raros, pesados, tontos... A veces tú mismo te has sentido así, a veces lo has visto en gente que se cruza a tu lado... Para ti y para ellos pedimos que llegue la presencia de Jesús que quiere hacernos sus amigos y compartir con nosotros los anhelos y deseos de su corazón (Jn 15, 15), que ofrece su regazo para que descansemos en su intimidad (Jn 13, 25). Pensando en casos concretos, en ti mismo o en los otros repite por un tiempo: ¡VEN, JESÚS AMIGO!



----- ¡Ven Jesús maestro! -----

Hemos de reconocerlo, nuestros pensamientos, nuestros juicios... están atravesados por intereses no siempre limpios, por prejuicios arraigados, por razonamientos defensivos... que crean una especie de niebla entre nosotros y los demás, entre nosotros y Dios, entre nosotros y las cosas que pasan... Una niebla que crea división, sospecha, que hace que

el mundo sea demasiado gris (fruto del afán de que todo sea blanco o negro, según opinemos nosotros mismos). Podemos así saber mucho y entender bastante poco.

En esta situación pedimos que Jesús llegue como maestro, no para llenarnos la cabeza de ideas, sino sobre todo para enseñarnos a mirar con limpieza de corazón, pues solo así podemos ver la verdad de las cosas, las personas y Dios. Piensa en las situaciones donde ignorancias, prejuicios y mentiras nos ciegan y repite: ¡VEN, JESÚS MAESTRO!

----- ¡Ven cordero de Dios! -----



Vivimos presos del pecado. Nuestros pensamientos, palabras, obras, omisiones y acciones vuelcan sobre el mundo no solo el bien, sino un mal que hiere a los que nos rodean. Un mal que no siempre podemos solucionar luego. Vivimos heridos incluso por el pecado de los que nos quieren, lo mismo que ellos están heridos por el nuestro... *¡Quién podrá librarme de este cuerpo de muerte!* -decía Pablo- *Doy gracias a Dios por Jesucristo* (Rom 7, 24-25). Jesús se ha convertido en el rostro de Dios herido por nuestros pecados, un rostro que nos muestra sin embargo su amor, la sobreabundancia de la gracia brota desde sus heridas. ¡Necesitamos tanto saber que nuestra miseria no será la última palabra sobre los demás y sobre el mundo! ¡Necesitamos tanto retomar cada día el camino del amor sabiendo que somos perdonados...!

Pide al Señor que venga su rostro de misericordia herida sobre nosotros repitiendo ¡VEN, JESÚS, CORDERO DE DIOS!



----- ¡Ven Jesús siervo! -----

Llevamos aún demasiado impresa en nuestro corazón la imagen de un Dios que mira desde arriba y que habla solo para hacer cumplir su ley... Por eso su aparición a nuestro lado es sentida como una presencia pesada, que hay que aguantar, pero no es muy agradable. Además, nos decimos, no tenemos suficiente con el peso de la propia vida, tan dura por momentos. Necesitamos que llegue a nosotros, a nuestro corazón el Dios siervo que lava los pies. Ese Dios que toma cuerpo en Jesús para guiar a lo perdidos, para consolar a los tristes, para dar descanso a los fatigados... Y necesitamos que venga a este mundo, como lo hizo antaño como lo hace siempre, en la carne y la sangre de compasión y servicio de unos para otros. Esto es lo que pedimos. Hazte siervo ya haciéndonos siervos a los unos para los otros, ¡VEN, JESÚS SIERVO!